

CARA A CARA CON LA MUERTE: BUSCANDO EL SENTIDO

Consuelo Angarita Arboleda *, Alberto Mario De Castro**

Resumen

La confrontación con la muerte, psicológicamente hablando, siempre será una experiencia en que tarde o temprano todo individuo piensa y deberá confrontar, por ser la muerte un aspecto implícito en la vida misma de todo ser humano. En consecuencia, la siempre presente posibilidad de muerte y su confrontación puede influir de alguna forma el desarrollo psicológico de los seres humanos desde muy temprana edad.

¿Cuáles con las consecuencias que puede tener para el niño este pensar y/o confrontar la muerte?, ¿cómo puede afectar esto el sentido que éstos den a sus actos?, ¿desde qué edad aproximadamente empieza el ser humano a preocuparse explícitamente por la muerte?, y ¿cómo repercute dicha confrontación en la experiencia de vida del niño?, son algunos de los principales cuestionamientos que nos proponemos trabajar en este artículo.

Palabras clave: Confrontación con la muerte, búsqueda de sentido.

Fecha de recepción: Marzo de 2002

* Psicóloga y Magister en Desarrollo Social, Universidad del Norte; Matrice de Sciences de L'Education, option «Development Social», Universidad de París XII val de Marne. Profesora del Departamento de Psicología de la Universidad del Norte. cangari@guayacan.uninorte.edu.co.

** Psicólogo, Universidad del Norte. amdecastro@uninorte.edu.co

Abstract

Facing death, from a psychological point of view, will be always a experience which, sooner or later, every individual thinks of and has to face, because death is an implicit aspect in the very life of every human being. As a consequence, the ever present possibility of death and its facing may influence in some a way the psychological development of human beings from a very early age.

Some of the questions we pose in this article are: ¿What are the consequences of the child to think and/or to face death? ¿How can this affect the meaning they give to their acts? ¿Since when does the human being start to worry about death explicitly? ¿How does this facing affect child's life experience?

Key words: Facing death, search of meaning.

En su necesidad por encontrar una orientación absoluta y clara en este mundo, el ser humano se ve inmerso en un proceso de búsqueda y desarrollo personal, en el que va creando su propio proyecto vital a partir de su relación con su existencia y sus condiciones de vida. Indistintamente de la cultura, edad, raza, sexo, profesión o nivel educativo, todo ser humano siempre se ve en la necesidad de confrontar ciertas condiciones universales de existencia, para a partir de ahí crear su propio y particular proyecto de vida. El ser humano a la vez que es parte del mundo es también un ser capaz de constituir dicho mundo. En términos de Heidegger, el ser (*Dasein*) está ahí, en el mundo, ha sido arrojado a un mundo con ciertas condiciones dadas (en este sentido se entiende como un objeto ya constituido), pero al mismo tiempo es capaz de constituir dicho mundo, debido a que es el ser humano quien interpreta y le da significado al mismo (en este sentido se entiende como un sujeto que no está separado de dicho mundo, sino que lo constituye e interpreta en aras de crear su propio significado). Al respecto, Yalom (1998) expresa que deberíamos extendernos por debajo de esta escisión sujeto-objeto, para así considerar a la persona como un sujeto consciente que siempre participa en la construcción de la realidad, y no como alguien que sólo puede percibir la realidad exterior bajo ciertas condiciones especiales.

De esta forma, se entiende que el ser humano no está separado del mundo en que se encuentra, sino que este último cobra forma y orden a partir del significado que el mismo ser humano crea en su relación con las condiciones de vida de dicho mundo. Al respecto, Dreyfus (1996) comenta que los seres humanos, en definitiva, son posibles en su ser únicamente porque hay un mundo. Esto quiere decir que el mundo implica todos aquellos determinantes objetivos que influyen al ser humano, como el aspecto biológico, los limitantes ambientales y los sucesos del pasado, pero también, y sobre todo, implica el estar estructurando dichos determinantes al relacionarse con ellos, moldearlos y hacerse consciente de la creación de nuestro proyecto vital a partir de nuestra relación presente con ellos. «*El mundo es la estructura de relaciones significativas en que existe una persona y en cuya configuración toma parte*»(May, 1977).

Hay varios aspectos centrales que todo ser humano debe confrontar en su relación con el mundo objetivo, para erigir así su proyecto vital. Como bien plantea Yalom (1984) en su libro *Psicoterapia Existencial*, hay cuatro aspectos básicos y centrales que deben ser confrontados en la existencia de toda persona: la muerte, la libertad, la soledad existencial y el sinsentido. Al respecto, Spinelli (2000) también comenta en su libro *The interpreted world* que estos mismos aspectos de los que habla Yalom son centrales en la existencia de toda persona, y además enfatiza en la responsabilidad (que Yalom implica en la libertad) y en la ansiedad (aspecto que también enfatiza May).

Como bien hemos dicho hasta ahora, el ser humano siempre está constituyendo el mundo y creando su proyecto vital en y a partir de dicha situación. De esta forma, se entiende que no hay un solo proyecto, o mejor, una idea de proyecto universal y absoluta para todo ser humano en cuanto al contenido existencial. Esto, a su vez, implica que cada ser humano debe vérselas con la creación y orientación de su propio proyecto vital. Y es aquí donde se confronta entonces el sinsentido: «*Si debemos morir, si constituimos nuestro propio mundo, si cada uno de nosotros está en última instancia solo en el universo indiferente, entonces, ¿qué significado tiene la vida?, ¿por qué vivimos?, ¿cómo viviremos? Si no hay un diseño preordenado para nosotros, entonces todos*

nosotros debemos construir nuestros propios significados en la vida. Sin embargo, ¿puede un significado de nuestra propia creación ser suficientemente sólido para soportar nuestra propia vida?, este conflicto existencial surge del dilema de una criatura en busca del significado, que es lanzada a un universo que no tiene significado» (Yalom, 2000).

Desde este punto de vista, es claro entonces que lo único absoluto es que no hay nada absoluto. No hay una única guía para vivir ni un diseño predeterminado para todos los seres, tampoco un significado universal que oriente por igual a todos los seres humanos. El único significado válido o real es aquel que es creado en la acción por cada individuo. En este sentido, no valdría mucho la pena preguntarse, en aras de la capacidad de creación de los seres humanos, por el significado general de la vida, ya que éste sería un interrogante por un significado cósmico, como dice Yalom. Contrario a esto, sería más pertinente preguntar por el significado de la propia vida, debido a que en este interrogante ya se está comprometiendo al ser humano con la creación y desarrollo de su proyecto, con el significado particular que se pretende construir, y claro está, con el mundo (en un sentido objetivo y universal) en que pretende realizar dicho proyecto.

¿Significa esto entonces que si no hay guías o significados absolutos no hay entonces ningún valor personal que crear?; ¿significa que todo puede ser tomado con indiferencia y sin compromiso?; ¿significa esto que lejos de poder crear un sentido personal, los seres humanos están inmersos en un sin sentido universal? Contrario a esto último, el vivir de cara a la falta de un significado universal y absoluto coloca al ser humano en un punto donde debe por sí mismo crear sus propios valores y comprometerse apasionadamente con la construcción de un significado propio.

Para algunos autores como Sartre, el sentido se inventa: *«Uno tiene que inventar sus propios significados (en lugar de estar descubriendo los significados de Dios o de la naturaleza) y, después, comprometerse plenamente a cumplirlos»* (Sartre, citado por Yalom, 1984). Para otros, el sentido se encuentra en el mundo, tal es el caso de Viktor Frankl (1993): *«Yo no considero que nosotros inventemos el sentido de nuestra*

existencia, sino que lo descubrimos». Pero sea la postura que se asuma, y a pesar de sus diferencias, en ambas se hace énfasis en el compromiso, la entrega a una causa dadora de significado, y a la creación de valores personales que guíen el desarrollo del propio proyecto vital. El mismo Frankl, por ejemplo, considera que hay tres modos básicos en los que el ser humano puede descubrir dicho sentido: 1. Mediante la realización de una obra o acción concreta, 2. Teniendo algún principio o vivencia del mundo y/o de los otros como la contemplación o el amor, respectivamente, y 3. Por el enfrentamiento del sufrimiento. Así, en cada uno de estos modos de encontrar sentido, el ser humano crea distintos valores, como son los valores de creación, vivenciales y de actitud, respectivamente.

De esta forma, cuando el ser humano asume la creación y el desarrollo de su propio proyecto de vida, dada la falta de seguridades absolutistas y del riesgo implícito en ello, se ve de cara con la posibilidad tanto de un sin sentido como de crear algún sentido altamente gratificante. Cuando no se logra crear o descubrir algún sentido aparece la denominada enfermedad existencial en sus distintas formas.

El vivir confrontando al sinsentido universal, paradójicamente, puede conducir hacia el encuentro con un sentido particular, ya que nos exige entonces crearlo en nuestra propia experiencia cotidiana. La amenaza siempre presente de la ausencia de sentido puede iluminar al ser humano en aras de su entrega y compromiso hacia la realización de aquello que pretende ser. *«Para comprender lo que significa existir necesitaríamos percibir el hecho de que podemos no existir, de que cada momento caminamos al borde de nuestra posible destrucción y que jamás podremos eludir la fatalidad de que nos acecha la muerte en una revuelta desconocida del futuro. Nunca puede suponerse la existencia como automática; no sólo puede suprimirse y desaparecer, sino que a cada momento la amenaza el no ser»* (May, 1977).

En este orden de ideas, el sinsentido cobra mucha fuerza cuando se es consciente de la amenaza a cualquier valor que se está tratando de crear: el no ser, y cuya expresión más cruda y extrema es la muerte. El hecho de que siempre exista la amenaza (aun sólo como posibilidad)

de que nuestro proyecto no pueda ser llevado a cabo o de que fracase en su intento no significa que no hay, en consecuencia, sentido alguno que crear.

Contrario a esta última suposición, de la confrontación con la muerte y con alguna situación que amenace nuestro sentido particular se pueden obtener muchos beneficios. Como bien apunta Ochsmann al referirse a algunos filósofos y psicoterapeutas que se enfocan en las consecuencias positivas de la confrontación ontológica: *«Por ejemplo, el bien conocido psicoterapeuta americano Irvin Yalom (1980) enfatiza la idea de la muerte como un poderoso agente de cambio y un reto para el crecimiento personal [...] El filósofo Peter Koestembaum (1976) argumenta que la anticipación a la muerte nos revela quiénes somos. Intelectualmente, la muerte ayuda a definir la naturaleza humana, y en el nivel de la experiencia, la muerte lleva al hombre a entrar en contacto con sus sentimientos más profundos, sus necesidades y oportunidades»*. El Dr. Ochsmann comenta, por otra parte, que según Koestembaum, la anticipación de la muerte puede tener al menos 10 consecuencias positivas, entre las que se destacan: la posibilidad de alcanzar la integridad personal, el concentrarse en lo esencial para la propia vida, el encontrar el significado a la vida, el volverse honesto consigo mismo y el obtener fuerzas y motivación para encarar la vida.

En consecuencia y paradójicamente, cuando el ser humano cobra conciencia de ese aspecto trágico y amenazante presente en toda experiencia, cuando asumimos los peligros y riesgos de nuestra propia creación, y cuando confrontamos la posibilidad de que nuestras propias potencialidades particulares no puedan ser afirmadas y/o desarrolladas, en ese instante tenemos la posibilidad de abrir las puertas hacia la creación y/o descubrimiento de un sentido pleno y dador de sensación de valoración personal. *«Con la confrontación con el no ser, la existencia toma vitalidad y sensación de inmediatez, y el individuo experimenta la conciencia más sublimada de sí mismo, de su mundo y de los que están a su alrededor»* (May, 1994).

De esta manera, el no ser se convierte entonces, en uno de los aspectos centrales de la condición de vida de todo ser humano. Por el

simple hecho de haber nacido tenemos que vérnosla con él. Tenemos que asumirlo como parte de esa condición humana de existencia que nos es dada. A esto es a lo que May (1999) denomina el destino, y que se refiere a todas aquellas características, límites y cualidades que constituyen todo lo que «nos es dado» en la vida. Destino implica así nuestra condición objetiva de vida, tal como son los aspectos culturales, genéricos, circunstanciales y el cósmico. Este último aspecto implica el nacimiento y la muerte (May). De esta forma, es claro que la muerte, como la expresión más extrema de la amenaza del no ser, hace parte inamovible de la existencia, y sólo al confrontarla conscientemente el ser humano puede crear un proyecto de vida particular altamente gratificante. «*La libertad de cada uno de nosotros está en proporción al grado con el cual confrontamos y nos relacionamos con nuestro destino*» (May). Se trata, en consecuencia, de asumir la actitud adecuada ante el destino, de afrontarlo con dignidad, aun cuando podamos sufrir al hacerlo. De lo que se trata en este punto es de confrontar el destino y su aspecto trágico aunque no se pueda modificar. «*Cuando ya no existe ninguna posibilidad de cambiar el destino, entonces es necesario salir al encuentro de este destino con la actitud acertada*» (Frankl, 1982).

En este punto es pertinente entonces hacer explícita la importancia de preguntarse por el sentido que puede tener para nuestra existencia y para el desarrollo de nuestro proyecto vital el confrontar el destino dado, y más puntualmente, la muerte como expresión de la amenaza de no ser y como el aspecto más trágico y extremo de dicho destino. Este es un aspecto sumamente importante en el proceso de desarrollo personal. Retomando la idea de Ochsmann, la reflexión sobre la muerte sería una condición para lograr encontrar significado y libertad.

Van Deurzen (1998) en su libro *Paradox and passion in psychotherapy* comenta que la muerte no es solamente aquello desconocido sobre el horizonte, ni que tampoco es meramente un olvido, sino que también es aquello desde donde nos podemos «mover» cuando nos sumergimos totalmente en nosotros mismos al dejar de lado las distracciones de nuestra vida diaria (May, 1985).

Subyace en la idea anterior una paradoja. May (1985) muestra esto claramente al decir que la muerte es la madre de la belleza, y que sin la primera la segunda podría no existir: «*Cuando la gente está a las puertas de la muerte, piensa de forma extraña o rara acerca de la muerte. Muchos de esos pensamientos son acerca de cuán hermosa es esta tierra en la que está viviendo*». Esta confrontación con la muerte es una tarea difícil y no muy placentera en primera instancia. El afrontar la muerte siempre generará conflicto, pero sólo al asumir dicho afrontamiento y conflicto resultante podremos asumir, a su vez, la propia existencia. «*El choque con estos conflictos vitales nos lleva a la necesidad de entender la vida [...] Tenemos que dar alguna solución al problema de la vida, y tenemos que encontrar respuestas teóricas y prácticas. Quiero decir que necesitamos un marco de referencia para orientarnos en la vida, que dé sentido y razón a la vida y a nuestro lugar en ella*» (Fromm, 1992). Fromm comenta que de estos conflictos vitales, el más fundamental tal vez sea la muerte, ya que al confrontarla nos podemos poner en contacto con nuestros sentimientos, dudas, temores, ilusiones y, en general, con lo que ocurre realmente en nuestro interior.

Sólo de esta forma podremos relacionarnos con la totalidad de lo que somos, y no sólo con una parte de nosotros mismos. Es decir, si rechazamos la muerte de nuestra existencia, estaremos simultáneamente rechazando nuestra experiencia, o al menos parte de ella. De ahí la importancia de confrontarla sin importar su alto precio. «*La muerte no es jamás dulce, aun cuando se la enfrente en nombre del más alto de los ideales. Es atrozmente amarga, y sin embargo puede constituir la afirmación extrema de nuestra individualidad*» (Fromm, 1993). En este sentido se entiende la idea de Viktor Frankl (1991) de que el sufrimiento puede ser muy bien un logro humano: «*También la muerte, que nos quita la vida, la sentimos como algo terrible que nos sucede, y apenas sospechamos cuán buena es su intención para con nosotros*».

También Karl Jaspers ha acentuado claramente este aspecto: el enfrentamiento del sufrimiento. Según este autor, toda descripción del sufrimiento está siempre determinada por el tipo de reacción ante éste. De esta manera, antes de hablar del sufrimiento en forma generalizada habría que captar y comprender la relación misma de la persona

con el sufrimiento, su reacción. Según Jaspers, hay dos posturas muy básicas ante la muerte y cualquier situación límite: el pesimismo y el optimismo, las cuales surgen de si lo que predomina es el valor y el placer o la falta de valor y el sufrimiento ante dichas situaciones límites, cuya última expresión sabemos que es la muerte. *«Lo común a todas las situaciones límite es que producen sufrimiento. Pero tienen también en común que despliegan fuerzas que van acompañadas del placer de la existencia, del sentido, del crecer. El sufrir no es una situación límite entre otras, sino que todas, bajo el punto de vista subjetivo, devienen en sufrimiento. El placer y el sufrimiento están encadenados inevitablemente uno al otro»* (Jaspers, 1967).

Esta es una situación, o mejor, una condición de nuestra existencia que resulta inevitable, y por lo tanto debe ser confrontada y comprendida. Según Jaspers, el sufrimiento es esquivado hasta lo posible cuando el ser humano no lo comprende y mantiene así su horizonte y posibilidades de ser muy estrechas. Así, el sufrimiento ante una situación límite puede brindarles a los seres humanos una nueva luz, o para utilizar la palabra de Jaspers, un nuevo carácter, lo cual denota una nueva actitud cuando el sufrimiento es comprendido y confrontado conscientemente como un límite inevitable de la existencia.

En consecuencia, Jaspers plantea varias reacciones básicas ante el sufrimiento que subyace a situaciones límite: 1. El actuar resignadamente y sin esperanzas, sintiéndose incapaz de asumir la situación límite, dado que cree que es imposible dar alguna respuesta acerca del sentido; 2. El actuar en una constante huida del mundo, asumiendo una actitud muy apática e indiferente ante el problema del sentido de la existencia, ya que siente que dicha existencia no podrá ser mejor. Así, trata siempre de evitar cualquier experiencia profunda, tanto de dolor como de alegría; 3. El actuar heroicamente tratando de elevarse, en la medida de sus posibilidades, hasta su propio sentido personal. Alcanza, según Jaspers, a tener alguna conciencia de sí mismo a causa de no esquivar sino de aceptar y enfrentar el sufrimiento, y 4. actuando metafísica – religiosamente, donde el sufrimiento es concebido no sólo como algo límite e inevitable sino también como algo esencial a la vida misma y al mundo. Por esto, el ser humano tiene una vivencia de

sí mismo en comunión con el sufrimiento, justificando conceptualmente este último, permitiéndose de esta forma crearse conscientemente (Jaspers, 1967).

Según Jaspers, si el ser humano pretende evitar u olvidarse de la muerte, no habrá una aceptación, comprensión y conciencia de la misma muerte como última expresión de las situaciones límite, y la vivencia subjetiva de la propia existencia se pierde o se dispersa; no queda así una clara y específica vivencia que lleve a desarrollar el proyecto vital constructivamente como consecuencia de la no confrontación con las situaciones límite de la existencia. «*El olvido de la muerte no es nunca olvido y tampoco es superación de la muerte*» (Gadamer, 1996). En este caso, es destruida toda esperanza, se anula el sí mismo, aparece la existencia como caótica, hay ausencia de responsabilidad y, en consecuencia, hay negación de algún sentido.

En contraposición a esto, si se busca continuamente una relación consciente con la existencia, no esquivando la muerte, sino viviendo a pesar de la muerte, el ser humano podrá asumir la responsabilidad de la creación de su propio proyecto, y podrá así trascender las situaciones límite mediante la creación de algún sentido constructivo.

Aunque hablamos aquí del beneficio que puede traernos el enfrentar la muerte y el dolor implícito en ello, también es cierto que ante la inevitabilidad de la muerte no son pocos los que sienten que ya no queda nada por hacer ni significado que crear. La pregunta que muchos se hacen en ese instante es: ¿qué sentido puede haber entonces en la vida? Ante esto, si no se asume la confrontación con la muerte como una experiencia de la cual se puede paradójicamente obtener beneficios para la propia creación, se llegará a la apatía y parálisis de la propia existencia. El dolor que produce este enfrentamiento puede ser asumido si encontramos algún valor en él: «*El sufrimiento deja de ser en cierto modo sufrimiento en el momento en que encuentra un sentido*» (Frankl, 1993).

Feifel (1963) en su artículo titulado «La muerte, variable relevante en psicología» comenta que ésta es algo que le sobreviene a cada ser

humano, e incluso antes de su llegada es ya una presencia ausente. Según esto, el ser humano no sólo determina su conducta por los determinantes ambientales del presente o por los determinantes del pasado, sino también que la dirección de nuestra existencia en el presente depende de nuestra actitud hacia los acontecimientos futuros. La creación y desarrollo del proyecto vital busca o pretende afirmar un significado que dé a la existencia el valor buscado. Siempre presenta un propósito.

El ser humano así concebido no tiene una ciega tendencia predefinida que lo impulsa automáticamente a ser quien es. Para esto, debe transformar su propia potencialidad en un acto presente y actual. *«Sólo podremos comprender a otro ser humano viendo hacia dónde se mueve y lo que está deviniendo [...] Así, se ve que el tiempo importante para los seres humanos es el futuro; lo cual quiere decir que la cuestión fundamental es: ¿a dónde estoy apuntando?, ¿qué estoy haciéndome?, ¿qué voy a ser en el futuro inmediato?»* (May, 1977).

Y es un hecho definitivo que la muerte como tal se encuentra en algún punto incierto del futuro, pero que siempre se encuentra así, como amenaza. Por esto es tan importante conocer la forma como se confronta la muerte y qué sentido se le da a este hecho. Si el futuro determina en gran parte nuestro presente, y si la muerte hace parte ineludible de dicho futuro, el sentido que le demos a la muerte y la forma como la asumimos va a determinar en gran medida nuestra actitud ante la vida.

Sería pertinente entonces clarificar cuáles son los aspectos que intervienen en la actitud ante la muerte. Feifel (1963) comenta: *«Los tipos de reacción ante la muerte inminente son una función de factores interrelacionados [...] La madurez psicológica del individuo, el tipo de técnicas de enfrentamiento que le resulta disponible, la influencia de los marcos de referencia tan variados como la orientación religiosa, la edad, el sexo»*.

Es decir que la confrontación con la muerte va enmarcada en la experiencia de la persona a partir de su relación con el mundo concreto

y sus condiciones de vida. Se llega entonces a notar la importancia de comprender desde temprana edad cómo se origina dicha confrontación con la muerte y qué sentido le damos a ésta, para comprender, a su vez, la influencia de esta experiencia en el sentido que damos a la vida misma y cómo influye esto en el desarrollo de nuestro proyecto vital. *«En una edad temprana, mucho antes de lo que creemos, nos damos cuenta de que la muerte ha de llegar, y de que no hay forma de escaparle».* No obstante, según Spinoza, *«todo se esfuerza por persistir en su propio ser. En el fondo de cada uno de nosotros se debate el perpetuo conflicto entre el deseo de seguir viviendo y el conocimiento de la muerte inevitable»* (Yalom, 1998).

Dicho conflicto puede llevarnos desde niños tanto a crearnos constructivamente como a paralizarnos y bloquear el desarrollo de nuestras potencialidades. De esta manera, podemos reconocer nuestros límites y autodeterminar nuestras acciones a partir de ahí, o bien podemos negarnos a asumir el riesgo de vivir, reduciendo nuestras posibilidades y nuestra participación en las situaciones cotidianas. En esta última, el ser humano se experimenta a sí mismo sin un sentido claro de vida y, por consiguiente, pierde su autonomía y sentido de valoración personal. Esta postura se observa incluso en los niños desde edades tempranas: *«Para adaptarnos a la realidad de la muerte, continuamente nos las ingeniamos para inventar formas de negarla o evitarla. Cuando somos jóvenes negamos la muerte con la seguridad que nos proporcionan nuestros padres y los mitos seculares y religiosos; después, la personificamos transformándola en una entidad, un monstruo, un hombre del saco, un demonio [...] Más adelante, los niños experimentan con otras formas de atenuar la ansiedad por la muerte: se desintoxican de la muerte burlándose de ella, desafiándola a través de atrevidas travesuras, o insensibilizándola al exponerse a sí mismos en la reconfortante compañía de sus iguales y de palomitas de maíz, ante historias de fantasmas y películas de terror»* (Yalom, 2000).

Contraria a la creencia popular, la muerte está entonces presente en la experiencia de los niños y al parecer juega un papel importante en el desarrollo de los mismos. Yalom (2000) comenta que la vida y la muerte son interdependientes, y que la segunda permanece siempre latente, al tiempo que influye sobre la experiencia en general (y esto se

aplica tanto para adultos como para niños). De ahí la necesidad de comprender el sentido que los niños dan a la muerte.

De esta forma, dice Yalom, el niño piensa en la muerte desde muy pequeño y tiene mucha curiosidad ante ella. *«Desde muy temprano, el niño tropieza con los hechos verdaderos de la vida y descubre la muerte en sus solitarias investigaciones. Pero se siente abrumado por su descubrimiento y experimenta angustia primaria. Entonces, busca reafirmarse de muchas maneras para poder enfrentarse con la muerte: puede aterrorizarse, negarla, personificarla, burlarse de ella, reprimirla o desplazarla, pero tiene que hacerle cara de algún modo. Poco a poco, a medida que desarrolla formas de negación más eficientes y refinadas, su conocimiento de la muerte resbala hacia el inconsciente y desaparece el miedo explícito»* (Yalom, 1984).

En todo este proceso de acercamiento y conocimiento de la muerte, el niño vive, según Yalom, a nivel general, varias etapas, mediante las cuales poco a poco va asimilándola y dándole un sentido, así como va desarrollando un proyecto vital a partir de la confrontación con ella (la muerte), y que se caracterizan por la negación en un primer momento. Gran parte de la salud del niño y del adulto dependen de si han resuelto este enfrentamiento con la muerte en forma sana o no. Es realmente importante conocer el sentido que se le da a la muerte y a la vida misma a partir de la confrontación con la muerte, aun en niños.

En estos últimos, sobre todo en los más pequeños (4 o 5 años) podríamos descubrir algunas características de tal confrontación como: la temporalidad, la convicción de que ellos no mueren o la personificación de la muerte, entre otras.

Los niños un poco mayores tratan igualmente de calmar su miedo y ansiedad ante la muerte retándola para que le demuestre su existencia. Tratan de desafiarla mediante conductas temerarias y hazañas peligrosas.

La adquisición sana del concepto de la muerte es una de las tareas más importantes del desarrollo infantil, lo cual debe ir de acuerdo con

el ritmo particular de cada niño en relación con sus recursos psicológicos. De no ser así, es probable que el niño pueda sufrir complicaciones o conflictos psicológicos más difíciles de enfrentar y superar.

El mismo Yalom muestra cómo la muerte ya hace parte de la vida de los niños; para esto cita, entre otras, una investigación realizada por Anthony, en la cual pidió a 83 niños que definieran la palabra «muerte». Las respuestas del 100% de los niños mayores de siete años indicó una comprensión del significado de dicho concepto. Pero igualmente subraya que no hay investigaciones puntuales sobre el sentido de la muerte en los niños. En este orden de ideas, se hace imprescindible conocer cómo es el proceso mediante el cual el niño se enfrenta a la muerte y qué sentido le da a ésta en su propia vida y cómo enfrenta las situaciones cotidianas de su vida a partir de esto.

Esta situación nos confronta con una realidad igualmente importante en la investigación psicológica: el hecho de que actualmente y hasta donde se ha revisado la literatura no existen estudios totalmente sólidos y profundos que nos permitan tener una visión clara y firmemente sustentada respecto a si realmente y en qué condiciones la confrontación con la muerte puede traer beneficios y consecuencias positivas para la creación y desarrollo personal. Como dice Ochsmann puntualmente: *«La pregunta es, hasta qué punto, y bajo cuáles circunstancias, la confrontación ontológica tiene qué tipo de consecuencias. Es tarea de las teorías psicológicas la de conducir investigación al respecto, eventualmente, esto proporcionará las respuestas satisfactorias a las preguntas».*

El dolor y la muerte son inevitables para todo ser humano, dado que son condiciones de existencia para este mismo. Desde la psicología podemos contribuir con su comprensión para no sólo generar conocimientos científicos que enriquezcan una disciplina cuyo objeto de estudio se relaciona con procesos humanos en sus distintas dimensiones, sino también para hacer de tales conocimientos material útil para acercarnos al ser humano como una persona completa y aceptar con respeto sus experiencias en un maravilloso ejercicio de comprensión y toma de perspectiva, y aprender a atender, captar, expresar y regular los sentimientos y emociones que en gran parte sustentan y le dan

sentido a lo que conocemos como «calidad de vida» y que con un significado más hermoso y cercano al «ser» llamamos «vida de calidad» o el «bien vivir».

Siendo la muerte una experiencia a la que todo ser humano se enfrenta tarde o temprano, bien sea la propia o la de un ser querido, debemos prepararnos para asumirla de una manera tan natural y constructiva como podemos asumir la vida. Así como es importante abordar el sentido de la vida para los seres humanos como una forma de luchar contra la «renuncia a sí mismo» (motivo de protesta de Kierkegaard y Nietzsche), así también es relevante comprender el sentido de la muerte como una forma de enriquecer la existencia propia y las relaciones con otros, aunque ello implique romper con la cobardía para enfrentar las cosas más inexplicables que nos puedan suceder.

En palabras de Rilke (1994): *«La muerte ha sido de tal modo desalojada de la vida por el diario afán de defenderse de ella, que los sentidos con que podríamos aprehenderla se han atrofiado. El miedo ante lo inexplicable no sólo ha empobrecido la existencia del individuo, sino también las relaciones del ser a ser [...] sólo quien no excluya nada de su existencia logrará sentir hondamente sus relaciones con otro ser como algo vivo».*

En términos generales, cada vivencia humana implica siempre actualizar nuestra capacidad de decisión en el momento presente, lo cual nos lleva a enfrentarnos a la angustia que esto nos provoca, dado el riesgo que se afronta ante la incertidumbre de lo que pueda ocurrir en un futuro como consecuencia de nuestras propias decisiones. Pero más aun, cuando nos interesamos por la experiencia de la muerte y cuando deseamos comprenderla, específicamente en niños, la situación adquiere características no sólo muy particulares, sino también significativas y difíciles de capturar y comunicar. Como dicen los psicólogos colombianos Luz E. Guerrero y Marcela Soto en el capítulo «El niño ante la proximidad de la muerte» del libro de Bejarano e Issa de Jaramillo *Morir con dignidad: «No es tarea fácil expresar en unas cuantas líneas lo que encierra la muerte, el duelo y la pérdida en la infancia, pues se constituye realmente en un proceso complejo y doloroso».*

Aun para los niños la muerte debe formar parte de su condición de vida; si eres un ser humano morirás. Rollo May (1997) cita estas palabras de un pensador: «*Sólo sé dos cosas, una, que algún día estaré muerto, y otra, que no lo estoy. La cuestión única es ¿qué se va a hacer entre esas dos fechas?*»...precisamente, constituye un hecho único y crucial el que el ser humano sea capaz de saber que ha de morir y de anticipar su propia muerte. Por tanto, la cuestión fundamental está en ver cómo reacciona ante el hecho de la muerte: si pasa su vida huyendo del espectro de la muerte o erigiendo en culto la represión de la idea de la muerte bajo la racionalización de la creencia en el progreso automático [...], o tratando de oscurecerla con decir “la gente muere” y con convertir la cosa en una cuestión estadística pública para encubrir el hecho que en definitiva importa: y es que él personalmente va a morir en fecha incierta pero certísima».

Desde temprana edad surgen en el niño inquietudes acerca de la muerte, y si seguimos con interés el mundo infantil, nos tropezaremos con sorpresas. En más de una ocasión el niño expresa dudas y preocupaciones en relación con esta situación. Siguiendo una idea de Yalom, la naturalidad e ingenuidad de las preguntas infantiles sobre este tema lo dejan a uno sin aliento: ¿cuándo es que tú te vas a morir?, ¿qué edad tiene la gente cuando se muere?

Ya Anthony (1972) en su exhaustiva revisión de la literatura sobre la muerte cita los resultados de las mediciones objetivas realizadas acerca de la preocupación de los niños por la muerte, y muy en contra de lo que se cree generalizadamente, los niños no están impacientes por crecer y volverse grandes y por tanto poderosos. Un significativo 35% de los entrevistados expresó su preferencia por mantenerse en la infancia porque asociaban el crecimiento con la muerte.

Como afirma Yalom en su libro *Psicoterapia Existencial* (1984), hay muchos factores que dificultan el descubrimiento de lo que el niño sabe, siente o vive respecto a la muerte, pero ello no es indicador de una «no conciencia» de la muerte en el niño.

No existe ninguna razón para suponer que sólo los niños con un lenguaje perfectamente estructurado y capaces de definir formalmente

el concepto de «muerte» pueden inquietarse por esta vivencia, comprender a su nivel estos fenómenos y otorgarle un significado a dicha experiencia. Como afirman Kastenbaum y Aisenberg (1972): «*Entre la carencia de comprensión y el pensamiento abstracto claro e integrado, hay muchos caminos a través de los cuales las mentes jóvenes se ponen en contacto con la muerte*», sienten curiosidad por ella, registran percepciones en relación con esta experiencia e incluso, como sostiene Kastenbaum & Aisenberg (1972) en el mencionado libro *Psychology of death*, la conciencia de la muerte es muy temprana y puede ocasionar serios trastornos en los niños pequeños. Al respecto, Rochlin (1967) afirma que «*aunque es difícil saber con exactitud qué supone la muerte en el mundo interno de los niños, está claro que ocasiona ansiedad*».

En cualquier parte del mundo, y en especial en contextos como el colombiano, en el que la muerte es una vivencia cotidiana, dada la violencia que en él se vive, los niños juegan a «matar», «morir» y «resucitar», donde en muchas ocasiones las defensas se resquebrajan y permiten que se cuele cierta cantidad de angustia, resultante del no manifestado, no explícito temor a la muerte que se encuentra por debajo de ésta.

A partir de esta ansiedad, producto del temor a la muerte, el niño se puede sentir impotente e imposibilitado para enfrentar dicha situación constructivamente, lo cual origina de esta forma un conflicto psicológico que si no es tratado a tiempo puede generar un trastorno específico, o bien puede terminar en una desesperada afirmación agresiva y violenta por tratar de defenderse de alguna forma de la idea de la amenaza de muerte. «*Como dice Erich Fromm: 'El individuo que no crea, destruye'. Entonces, las tendencias agresivas se convierten en violencia. Esta es, en cierto sentido, una defensa contra la completa impotencia, ya que el individuo no ha podido autoafirmarse constructivamente por sí mismo; necesita hacerse valer de alguna forma y lograr algún sentido de significación, y la manera resultante para demostrar el propio poder, resulta ser la violencia que pasa por alto la razón para dar el valor de sí mismo, por muy deformado que éste sea*» (De Castro, 2000).

Compartimos entonces con Yalom la idea de que el niño, así como el adulto, tropieza con los hechos verdaderos de la vida y descubre en sus solitarias investigaciones que la muerte es una condición de existencia de todo ser humano. Así, el estudio del niño proporciona una oportunidad inigualable de comprender en su forma más prístina la lucha a brazo partido del ser humano contra la muerte como la expresión más trágica y dura del no ser. El mismo autor insiste en que los estudios empíricos sobre la concepción y significado de la muerte en los niños son especialmente raros, motivo por el cual resulta de gran valor investigar al respecto para comprender el sentido de dicha experiencia.

Debemos tomar en cuenta, por un lado, lo fundamental de la preocupación ontológica sobre la ansiedad, como consecuencia de lo que Rollo May (citado por Strasser, 1997) llama «amenaza inminente del no ser», cuya eventualidad más clara y cruda es la muerte, y por otro lado, la conciencia de que nuestra existencia resulta irreal si pretendemos desprendernos de los aspectos trágicos de la vida, ya que la muerte puede ser un hecho que da al momento presente un valor y sentido absoluto a la existencia. Por otra parte, si compartimos la convicción de que sólo podemos captar lo verdadero de un ser humano cuando lo comprendemos como un ser-en-el-mundo (en relación consigo mismo, con los otros y con su realidad objetiva) y que ello implica que el mundo objetivo puede ser el mismo para muchas personas, pero que la experiencia subjetiva de cada una de ellas es lo que determina la visión de dicho mundo, entonces no tendremos dudas de que reflexionar sobre la experiencia de la muerte en los niños es de vital importancia para comprenderlos como seres humanos y visualizar una forma más adecuada de relacionarnos con ellos.

Bibliografía

- ANTHONY, S. (1972). *The discovery of death in childhood and after*. Nueva York: Basic Books.
- DE CASTRO, Alberto (2000). *La psicología existencial de Rollo May* (p. 101). Barranquilla: Ediciones Uninorte.
- DREYFUS, H. (1996). *Ser-en-el-mundo* (p. 111.). Santiago de Chile: Cuatro Vientos.

- FEIFEL, H. (1963). La muerte, variable relevante en psicología. En R. MAY y otros, *Psicología Existencial* (p. 71). Buenos Aires: Paidós.
- FRANKL, V. (1982). *Ante el vacío existencial* (p. 94). Barcelona: Herder.
- (1991). *La voluntad de sentido* (p. 58). Barcelona: Herder.
- (1993). *El hombre en busca de sentido* (p. 100). Barcelona: Herder.
- FROMM, E. (1992). *La patología de la normalidad*. Barcelona: Paidós, p. 31.
- (1993). *El miedo a la libertad*. Barcelona: Paidós, p. 256.
- GADAMER, H. (1996). *El estado oculto de la salud* (p. 171). Barcelona: Gedisa.
- GUERRERO, L. y SOTO, M. (1992). «El niño ante la proximidad de la muerte». En BEJARANO, P. & JARAMILLO, I. de, *Morir con dignidad* (p. 321). Bogotá: Fundación Omega.
- JASPERS, K. (1967). *Psicología de las concepciones del mundo* (p. 325). Madrid: Gredos.
- KASTENBAUM, K. & AISENBERG, G. (1972). *Psychology of death* (p. 9). Nueva York: Springer.
- MAY, R. (1977). Contribuciones de la psicoterapia existencial. En R. MAY y otros. *Existencia* (p. 85). Madrid: Gredos.
- (1985). *My quest for beauty*. Dallas: Saybrook, p. 69.
- (1994). *The discovery of being* (p. 105). Nueva York: W. W. Norton.
- MAY, R. (1999). *Freedom and destiny* (p. 90). Nueva York: W. W. Norton.
- OCHSMANN, R. Confrontación con la muerte: consecuencias afectivas y cognitivas (ponencia).
- RILKE, R.M. (1994). *Cartas a un joven poeta* (p. 64-65). Barranquilla: Ed. Instituto de Lenguas Modernas.
- ROCHLIN, G. (1967). How younger children view death and themselves. En *Explaining death to children* (p. 56). Nueva York: Beacon Press.
- SPINELLI, R. (2000). *The interpreted world* (p. 105 - 116). Londres: Sage.
- STRASSER, F. (1997). *Existential time-limited therapy*. Inglaterra: John Wiley and sons.
- VAN DEURZEN, E. (1998). *Paradox and passion in psychotherapy* (p. 31). Londres: John Wiley and sons.
- YALOM, I. (1984). *Psicoterapia Existencial* (p. 515). Barcelona: Herder.
- (1998). *Psicoterapia existencial y terapia de grupo*. Barcelona: Paidós, p. 205.
- (1998). *Verdugo del amor* (p. 15). Buenos Aires: Emecé.
- (2000). *Psicología y literatura* (p. 91-92). Barcelona: Paidós.